

El guiño sonriente de José Martí en sus apuntes de viaje por Guatemala

Por Egberto ALMENAS*

DE TODO CUANTO ESCRIBIÓ JOSÉ MARTÍ acerca de Guatemala durante el tiempo que anduvo por sus suelos, asombra al primer golpe la solidez que a sus veinticuatro años de edad alcanza su vocación latinoamericanista. Aún antes de poner pie allí, la patria de la cual adivina sus virtudes y sus misterios como si fuera la propia se ha convertido en el centro gravitacional de un ardor cuyo ropaje literario no siempre alienta valoraciones inequívocas. El texto más problemático en cuestión se conoce como *Diario de Izabal a Zacapa*, donde la humorada rebosante de mocedad y aventura todavía redonda en mofa tabú ante los ojos de la crítica.¹ “Si en sus notas de viaje [...] encontramos páginas frescas y graciosas —reclamaba en cambio Ezequiel Martínez Estrada— ésa es su verdadera idiosincrasia, no una particularidad ocasional de ella [...] y los críticos y antologistas [*sic*] las han omitido”.² José Lezama Lima habló de “la imaginación alegre de Martí”, por lo que tampoco ha de tomarse como episodio aislado la observación que agregaba Fina García Marruz cuando se detenía en el “humor casi dickensiano” y la “retórica anticuada, un poco burlona” de este diario guatemalteco: “si en [Martí] el sentimiento es siempre grave, la imaginación es alegre”, concluye por fuerza.³

Una de las interferencias que ha dificultado la recepción de su acentuado “tono de desafío alegre”,⁴ radica en la tropología sacra e incluso “expiatoria” infundida especialmente por los primeros críticos de su obra.⁵ Sólo el que “mora en los cielos” ha de reírse, se lee en Salmos 1:4,

* Profesor titular de literatura hispanoamericana y caribeña, Universidad de West Indies, Cave Hill Campus, Barbados; e-mail: <ealmenas@gmail.com>.

¹ José Martí, *Diario de Izabal a Zacapa*, en *id.*, *Obras completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, 27 tomos, véase tomo 5, pp. 51-81; véase también el tomo 5 de la edición crítica de las *Obras completas*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001.

² Ezequiel Martínez Estrada, *Martí revolucionario* (1967), La Habana, Casa de las Américas, 1974, p. 526.

³ Fina García Marruz, “José Martí”, en Manuel Pedro González, ed., *Antología crítica de José Martí*, México, Cultura, 1960, p. 197.

⁴ *Ibid.*

⁵ Arguye Enrico Mario Santí: “Sería simplista, desde luego, atribuir la existencia de estos motes religiosos a una mera influencia católica dentro de la vida republicana. Las razones del culto a Martí son, a mi juicio, mucho más profundas, y tienen que ver, en su

y mientras el “glorioso iluminado”, el “maestro divino”, el “inmaculado apóstol”, el “místico del deber”, o el “santo laico” vivió en la tierra, no habría podido incurrir en semejante debilidad. Con todo, tras las mejores apologías de la época coincide otra verdad mal desentrañada: el Martí de la péndola, en efecto, raras veces ríe en el mismo sentido que condena la cultura bíblica, aunque el humor que mejor se aviene a su temperamento “humano, demasiado humano”, sería más bien del tipo “trascendente familiar”, el de “un grandilocuente de las ideas bajado a cada rato por llaneza de los hábitos”.⁶ Así, en el humor que arranca de un aparente “estado de alma transitorio” media y se verifica el que destella “un concepto general ante la vida”.⁷

En el refinamiento de esta diferenciación a menudo se ignora el estado anímico que origina la risa, “la cual no es compañera inseparable del humor”, sostiene Baldomero Sanín Cano, y hasta “puede afirmarse que allí donde se muestra, especialmente en forma extrema de carcajada”,⁸ falta la trascendencia que sí procuró Martí no sólo a través de la literatura: “Veo que el trabajo es fuente de toda alegría —se lee en uno de sus cuadernos—, y todo pobre de ánimo es un verdadero desertor. En esta batalla de la vida hay que morir sonriendo”.⁹ Añade también que “horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descansa”, como proponía el inventor del *Quijote* en el prólogo a sus *Novelas ejemplares*, cuyo influjo se vislumbra con tal suficiencia en los apuntes del viaje guatemalteco martiano que atañe evocarlos por su

motivación psicológica al menos, con un complejo nacional de expiación por el desprecio que sufrió Martí precisamente en el momento en que nace la república que él mismo había ideado. De esta manera, al reaccionar con una mezcla de reverencia y admiración ante la memoria de Martí, después de las convulsiones políticas de los años treinta, el pueblo cubano compensaba su propia ambivalencia y desprecio anterior. Esa reverencia habrá servido para reconocer, de manera masiva, la contribución crucial de Martí, como también para diseminar su pensamiento radical y su obra literaria. También importa reconocer, sin embargo, que su pensamiento empezó a diseminarse dentro del marco de un culto religioso que compensaba, a su vez, un sentimiento nacional de culpa. Lo que bien podría denominarse un complejo de culpa alrededor de la figura de Martí ha persistido y aumentado; sus efectos siguen sintiéndose hasta hoy. Después de todo, la desaparición de Martí fue un factor en la frustración de la independencia cubana y en la imposición de la Enmienda Platt sobre la primera constitución del país. De hecho, en Martí o, mejor dicho, en la ausencia de Martí, radicó en gran parte una crisis de identidad nacional”, Enrico Mario Santí, “José Martí y la Revolución Cubana”, *Vuelta* (México), núm. 121 (diciembre de 1986), pp. 23-27, p. 25.

⁶ Gabriela Mistral, “La lengua de Martí”, en González, ed., *Antología crítica de José Martí* [n. 3], pp. 27ss.

⁷ Véase Baldomero Sanín Cano, “El grande humor”, en *id.*, *Ensayos*, La Habana, Casa de las Américas, 1975, pp. 48-58.

⁸ *Ibid.*, p. 53.

⁹ José Martí, *Obras completas* [n. 1], tomo 21, p. 184.

señalada cualidad “cervantina”.¹⁰ Tanto así que en buen uso de otras transfusiones artísticas del Renacimiento, entre las que también sobresale el pícaro,¹¹ las más de las veces el juvenil viajero aquí sonríe y hace gala de una laxitud alterna y asimismo modernizadora en la literatura—“yo, el triste y grave”, advierte, como si a él mismo le sorprendiera la incompatibilidad de caracteres.¹² En tanto, habría que ver cómo funciona el humor en el arte, según teorizaba Hegel,

no se propone dejar un asunto desenvolverse de sí propio conforme a su naturaleza esencial, organizarse, tomar así la forma artística que le conviene, como, por el contrario, es el artista mismo quien se introduce en su asunto, su tarea consiste principalmente en rechazar todo lo que tiende a obtener o que ya parece poseer un valor objetivo y una forma en el mundo exterior, en eclipsarlo y borrarlo por la potencia de sus ideales personales, por relámpagos de imaginación e invenciones extrañas y chocantes.¹³

Por otra parte, argüiría Gabriela Galindo, “lo feo, es también estético”, y de inmediato recuerda a Baudelaire,

quien, entre otros, introdujo en sus obras un claro y decisivo rechazo (¡para nuestra fortuna!) al artificioso concepto de belleza impoluta en el arte que planteó Hegel en el siglo XVIII. Personajes espantosos, deformes y repugnantes inspiraron a escritores y artistas y lograron conmover al mundo, provocando, ya no un rechazo, sino compasión y piedad (por ejemplo el famosísimo jorobado de Notre Dame o los personajes horribles e indigentes que pintó Goya).¹⁴

¹⁰ Véase Alberto Baeza Flores, *Vida de José Martí* (1954), Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986, pp. 261-269.

¹¹ Refiriéndose a la picaresca anotaba José María de Cossío: “el que la juventud aventurera y arriesgada tenga una aureola de simpatía [...] es caso tan conocido y cotidiano que no creo pueda hacer mella ni incitar a imitación dolosa. Cuanto más que la mayor parte de las aventuras que se narran en estos libros son tan sólo eso: cosas de muchachos”, José María de Cossío, “Prólogo”, en Camilo José Cela, *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*, Madrid, s.e., 1944, p. 19. Hacia el final del diario Martí enuncia: “¿Qué es esta alegría infantil que siento?”, Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], p. 80; disposición que seguramente detona, desde el punto de vista literario moderno, las vivacidades retóricas que recuerdan el monólogo interior de *Lazarillo*. Un ejemplo: “[¿]Y quién se niega, aunque el ceder le pese, y la carga le moleste, a la adhesión afectuosa? Más pena da rechazar una muestra de afecto, siquiera sea enojosa, que placer verse libre del enojo. Sonreí por fuera, y me mordí el labio por dentro, con lo cual, diciendo a Aniceto que no, díjele que sí, y hasta con agradecimiento y con cariño”, Cossío, *op. cit.*, p. 62.

¹² Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], p. 80.

¹³ En Wenceslao Fernández Flórez, con la contestación de Julio Casares, *El humor en la literatura española*, Madrid, Real Academia Española, 1945, p. 24.

¹⁴ Gabriela Galindo, “La belleza y sus contradicciones”, en DE: <http://www.replica21.com/archivo/articulos/g_h/135_galindo_belleza.html>.

Una virtualidad frecuente en la escritura martiana consiste en el entramado de nociones que en el flujo mismo del discurso pugnan entre sí y al momento, para el lector, las unas vencen a las otras cuando no se reconcilian del todo. Dicho en otros términos, este fenómeno “diatáctico”¹⁵ de su pensamiento y estilo alambicado, según los cánones de la época, a menudo establecen una relación que oscila entre la crítica y la autorreflexión sujeta en grado mínimo a una lógica ya resuelta. Consciente de sus implicaciones futuras, incluso Martí le teme a los errores que ocasiona lo que él llama su “ciego espíritu” al escribir, o esa abstracción súbita y abierta de las ideas que, desprovistas de la compleja unidad prematuramente interrumpida de su obra, tanto se prestan hoy a las especulaciones enfrentadas.¹⁶ Por suerte, en el grueso de sus escritos tampoco ceja frente a las posibilidades históricas que tal arrojó incuba. ¿Desluce y aminora por ello el presente?, se pregunta: “No, lo fortifico”, resuelve. “Mide el viento su fuerza por el tiempo que ha tardado en avanzar”.¹⁷

Pues bien, con el avance a “relámpagos de imaginación e invenciones extrañas y chocantes” —potenciados por “ideales personales”, así como por una estética íntegra y por tanto encaminada de lleno hacia la modernidad—, se urde el *Diario de Izabal a Zacapa*. Redactado en cuatro días, del 26 al 29 de mayo de 1877, el propio viajero lo describe como un puñado de “historias monótonas” a raíz del trecho recorrido unas semanas antes en Guatemala cuya única pretensión es entretejer a los amigos íntimos a quienes van dirigidas. Escribe el *Diario de Izabal a Zacapa* en un santiamén, mientras reposa, éste es sólo “un libro de casa sobre mi viaje en mula”, concede Martí, “un librito de comedor” carente “de grandeza”. Pero la estructura en diez breves capítulos (de los cuales se han perdido cuatro, además de algunas pá-

¹⁵ Véase Hayden White, *Tropics of discourse: essays in cultural criticism*, Baltimore, John Hopkins University Press, 1987, pp. 3-4.

¹⁶ Carlos Ripoll vulnera el aura antiimperialista que un marxismo encaprichado expolia en torno al sintagma “entrañas del monstruo”, *id.*, “Inside the monster”, en *José Martí, the United States, and the marxist interpretation of Cuban history*, New Brunswick, Transaction Books, 1984, pp. 51-59; Anibal González revive la antigua conjetura del Martí suicida, *id.*, “Martí violento: de la crónica al poema en ‘Cruje tierra, rueda hecho pedazos’”, *Anthropos* (Barcelona), núm. 169 (noviembre-diciembre de 1995), pp. 57-60. El referente falocéntrico que bien discute Mayra Beatriz Martínez se “feminiza” en Jorge Luis Camacho, véanse respectivamente, *Martí: eros y mujer (revisitando el canon)*, La Habana, Letras Cubanas, 2005, y “Los límites de la transgresión: la virilización de la mujer y la feminización del poeta en José Martí”, *Revista Iberoamericana* (IILI), vol. LXVII, núms. 194-195 (enero-junio del 2001), pp. 69-78. Y así, en él conviven el masón que por otra parte realmente no era, el creyente y el agnóstico, el místico y el estoico, el que ama y el que odia, y muchas otras combinaciones de intención y provecho variables.

¹⁷ Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], p. 63.

ginas en los restantes), la narración de cortes paródicos, con alusiones cultas, proverbiales y antropográficas intercaladas y el enfoque más bien introspectivo y expresionista del viaje en sí, perfilan en esta obra a un escritor excepcionalmente intenso respecto al envés suplementario de la estética hegeliana. He aquí cómo, en el camino hacia Gualán, describe unos árboles al anochecer y el consiguiente valor traslaticio propio a que conduce luego el pasaje:

Tras los montes que aún he de vencer, va ocultándose la Luna; a medida que sus rayos menguan, crecen en forma y sombra los troncos de los árboles. Parece el uno Tántalo corpóreo, que vuelve al manzano copudo los demacrados brazos; el otro Tántalo rugoso, que pende sobre el río, retorcido de sed sobre la orilla, la boca que no llegará jamás a él. Pongo toda mi buena voluntad para agrandar estos temas, para poetizar estos parásitos desnudos, para infernizar estas implacables mansedumbres. Nada me aterrera, porque nada debe aterrarme [...] ¡Feliz quien como yo, puede atravesar una selva, sin que figuren jueces y difuntos los troncos de los árboles! ¡Feliz quien puede oír una tempestad entre los bosques, sin que nada dormido se levante a pedirle justicia contra sí mismo en su conciencia! [De ahí salta inmediatamente a la bufonada accidental] Pero mi incriminalidad hacía entre tanto mi infortunio. ¿Qué era yo, manso cabalgador de aquella inmercedida bestia? ¿Por qué no hay ladrones que accidenten mi camino? ¿Por qué no hay fieras que prueben las balas ociosas de mi revólver? ¿A qué lo encinté, si para nada había de serme útil? Burlándose estará de mí el arriero que me ha visto armado de todas armas. A bien que este corvo machete, que más tunde que corta, es suyo, y yo lo hallé cruzado a la siniestra de la silla.¹⁸

El burlado se permite, justamente por su incriminalidad, lo que años después llama “la burla magnífica” con motivo de Mark Twain (Samuel Langhorne Clemens), quien “por los hombres ha levantado bandera”. Éste es el autor de *Un yanqui de Connecticut en la corte del rey Arturo* (1889), un “libro útil”, estima Martí, “porque con ser de risa, como dicen que es, se ha escrito después de haber llorado”. Del famoso humorista estadounidense el cubano admira sobre todo su “sencilla máquina del contraste”,¹⁹ la cual, aplicada “con arte sumo [...] afecta pensar y sentir, y lo que se piensa y siente”.²⁰

Al comprobarse que el encomio martiano deviene casi siempre por fusión afin de ideas anticipadas en sus propias deliberaciones, podría decirse en sentido retrospectivo que en el diario guatemalteco esta

¹⁸ *Ibid.*, pp. 58-59.

¹⁹ Martí, *Obras completas* [n. 1], tomo 13, pp. 460-461 y 459, respectivamente.

²⁰ *Ibid.*, p. 134.

misma “máquina”, al menos en estado aún latente, contrapesa los desencuentros que las circunstancias le deparan al narrador. La “panada de sueños dormidos” despierta frente a la muy tangible realidad: “me encontré yo —escribe— con que anhelaba gallardas aventuras, misteriosos encuentros, noches de oro y de abismo, sorpresas fieras, todo lo que promete, en suma, una imaginación enamorada de lo heroico, un viaje de ocho días a través de ríos, selvas y montañas tropicales”. Descubre por el contrario “áridas mesetas, sin solemnidad, sin grandeza, sin juego de colores”. La llanura no es más que una “diminuta pampa y raquílica sabana” y la “vegetación esquelética” lo “fatiga y disgusta”.²¹ Tampoco encuentra allí el edén encantador de princesas y príncipes indios, sino casi siempre y en función del contraste, todo lo que riñe contra su “concepto de belleza pura, aristocrática y [su] descontentadizo ser congénito”.²² Tras tanta hosquedad, la figura quijotesca se percata de que en marzo los árboles se deshojan, y otra vez, después de “agraviarlos”, la analogía en clave menor, grave: “La vida es el constante empleo; el agrandamiento por el roce; el obstáculo, jamás la caída, a no ser victoriosa y gloriosa; la obra permanente; el ir, triunfo eterno, montaña arriba, roca adelante. Ésta es la vida; reverdecer y extenderse son los perpetuos deberes de los árboles”.²³

El humor, por lo común, surge de un suceso imprevisible tras el quebrantamiento repentino en la expectación congruente de la conducta. Cuanto más difiera el desenlace lógico de los hechos narrados, tanto más efectivo ha de ser. La situación clásica emana aquí de la dislocación en la que el actuante se desplaza a un ámbito que no es el de su dominio, y en el choque de los códigos textuales que revelan, tanto de un lado como del otro, aspectos de cala más profunda. En el diario Martí confiesa: “más gozo yo con merecer la simpatía de un labriego, que con que me aplaudan un discurso; y no lo digo porque ahora ande entre labriegos, que también lo he dicho y sentido en los pueblos donde —con ira mía, mezquinos que son— no me lo creen”.²⁴ Salvo que en este caso merecer esa simpatía se le da gratis.

El “caballero de ciudad” no se hace entender bien en el nuevo ámbito rural que explora: habla “de prisa”, y además le falta un diente indispensable para la dicción correcta sin esfuerzo. Como desatiende “acampesinar” su “lengua ciudadana”, a menudo lo interrumpen para solicitarle con el tacto típico del habla o el logicismo regional, que

²¹ Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], pp. 59-60.

²² *Ibid.*, p. 62.

²³ *Ibid.*, p. 60.

²⁴ *Ibid.*, p. 65.

acompañase sus maneras de “poeta incorregible”, “rugidor de ideas”, e “infortunado voluntario”. Desde el comienzo de la narración la reiterada imagen del “caballero” ahora “en traje de camino”, el cual ha debido dormir en “almohada de paja” y “catre de saco”, acosado por las hormigas y las raíces “brutalmente quietas” en la espalda, desentona con la extraña rusticidad del campo. La caricatura como factor diferencial enfático homologa a quienes lo acompañan con el “bestiaje” —llega a decir—, a la vez que insiste en preservar las distancias: “Yo no taño guitarra ni mezclo el vos y el tú; ni digo *acótate* por acuéstate, ni me zampo leguas como ciruelas, ni sé tejer la pita, ni embarrar un rancho, ni limpiar un cañal [¡] ni siquiera tomar aguardiente!”²⁵

Y en verdad poco *sabe*, puesto que en boca de un guatemalteco de la comarca la interrogación “¿no sabe?” vale tanto como “¿no tiene usted costumbre?”. “Lo cual [admite] si un tanto raro, no deja de ser lógico”.²⁶ Esa otra experiencia no menos “lógica” va mitigando las desilusiones del viaje con tal certeza que el desajuste hilarante también instituye una toma de conocimiento hacia su vocación latinoamericanista. Se aminora en la ficción tácita, en el guiño sonriente, el abismo del contraste. Crece poco a poco el diámetro plural, unitivo. Ciertamente que lejos está de Burdeos cuando en una carta a Manuel Mercado por esas mismas fechas le asegura: “Yo vengo lleno de amor a esta tierra y a estas gentes; y si no desbordo de mí cuanto las amo, es porque no me lo tengan a servilismo y a lisonja. Éstos son mis aires y mis pueblos. Si no hay muchas inteligencias desarrolladas, a animarlas vengo, no a avergonzarlas ni a herirlas”.²⁷ En las páginas del diario, sólo por mantener ante sus amigos la postura cómica con cierta dignidad literaria —“siendo yo quien soy”, reafirma— extrema adrede y resalta así los polos de saturación mutua a que lo obliga la ordinariez terrenal de una Lola y un Aniceto y el “águila altanera” que siente en el alma.

A diferencia de los indios que en su novela *Lucía Jerez* son descritos como “llagas” —lo cual “no es, en rigor, fealdad sino contrastante miseria que mueve a la piedad”, repara Vitier—, el registro tonal del diario debería prevenir sin lugar a confusiones de la fealdad “agazapada en el interior de algunos hombres y mujeres blancos, de clase acomodada”.²⁸ “¡A cuántas individuales peripecias está sujeta la más estricta justicia humana!”, reconoce Martí. “Las simpatías y las repug-

²⁵ *Ibid.*, p. 74.

²⁶ *Ibid.*, p. 77.

²⁷ *Ibid.*, p. 85.

²⁸ Véase Cintio Vitier, *Crítica cubana* (1976), La Habana, Letras Cubanas, 1988, pp. 503ss.

nancias inclinan invariablemente las sentencias; y un conjunto de fallos criminales, si fueran dictados rectamente, viene a ser un reflejo exacto de la vida y azares del juez”.²⁹ El “desencuentro” con “doña Teosia”, la hostelera de “ojos verdes salvajes”,³⁰ resulta particularmente representativo de la involución positiva del juzgador al manejo cabal del *logos*, o la palabra propia de la cultura dominante. Agotada la “estética de lo feo” para deslucir a esta “mujer feral”, quien al rato, “estirada la camisa, aliñada la trenza, y refrescado el rostro, viene si brusca, cariñosa, a robarme mi tigre del camino”, lo concilia y conduce a reflexiones luego asimiladas sobre un “desvío” de la expresión que con tropiezos descifra: “Un lenguaje singular revela un espíritu recto. Los pueblos de lengua sobria, aquellos pueblos de semilla y raíz, como gastaban poco en lengua, gastaban mucho en natural grandeza. Las exuberancias se corresponden, y a la de los afectos, imbuidos por los sentidos, completa el lenguaje, permitido por las ignorancias”.³¹

El humor en la tradición literaria hispánica, tan ajena a esa nueva “natural grandeza”, tampoco favorece la relectura del *Diario de Izabal a Zacapa*. “En la literatura española no hay humor, sino malhumor”, rezongaba Wenceslao Fernández Flórez.³² Desde que Martí, adolescente aún, escribe en *El Diablo Cojuelo*, hasta el diario que concluye con su muerte en la manigua, muestra interés por este recurso que su vital acercamiento a la literatura norteamericana enriquece y moderniza aún más. En una reseña de 1890 a la aludida narración de Mark Twain, responde a lo que atasca a Sanín Cano cuando éste se pregunta por qué, a diferencia de Shakespeare en Inglaterra, “Cervantes, el genio nacional por excelencia, no haya penetrado en el alma española para provocar la imitación de sus actitudes ante la vida [...] el *Quijote* es lo que es [atina Martí] pintura sabia y dolorosa de la vida del hombre, y el ‘Yanqui’, esforzado por la indignación, es una batalla a lo vaquero, con lazo y revólver [...] en pro de la majestad y corona del hombre llano y libre” —disyuntiva de la escritura sin viabilidad plausible en una más larga tradición de castas feudales, católicas y colonialistas.³³

En el pueblo “llano y libre” de Guatemala, Martí ya deriva por osmosis invertida la originalidad de su vocación regente: “¡extraña cosa! [apunta en el diario] jamás recibo yo de la grandeza aire ni impresión que no sean míos; de mi mismo pecho brota la potencia con que admi-

²⁹ Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], p. 62.

³⁰ *Ibid.*, pp. 74-75.

³¹ *Ibid.*, p. 76.

³² Fernández Flórez, *El humor en la literatura española* [n. 13], p. 20.

³³ Martí, *Obras completas* [n. 1], tomo 13, pp. 459-462.

ro; y el aire nuevo que me lo agranda y me lo inflama, de mí nace y valgo lo que son, y jamás llega la hermosura del espectáculo a la altivez con que lo siento”.³⁴ Será ésta una de las primeras instancias en que articula el concepto *venir de sí mismo* como fundamento de sus concepciones autonómicas para Nuestra América.³⁵ Imperativo de sus circunstancias, escribe a la sazón, no es calcar teorías ajenas, “sino descubrir las propias”,³⁶ y el empeño filial libre que procede de esta adecuación constitutiva en el diario, donde se frustran y permanecen ociosas las balas de su revólver, se sustantiva “a lo vaquero” en lugares menos vaporosos como la réplica que en la Conferencia Internacional Americana pronuncia en 1889.³⁷ Con mejor fortuna, a modo de atenuante intrínseco a las parcialidades delicuescentes propias de las “salidas pintorescas y jugosas” de “puro linaje quevedesco”,³⁸ fulgura a contrapunto en el *Diario de Izabal a Zacapa* la chispa de juventud que a la larga asistió al progreso de una modernidad dada a reverdecir y extenderse según “los perpetuos deberes de los árboles”.

³⁴ Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], pp. 59-60.

³⁵ Véase Cintio Vitier, “La irrupción americana en la obra de José Martí”, en *En torno a José Martí*, Burdeos, Éditions Bière, 1974, pp. 43-70.

³⁶ Martí, *Diario de Izabal a Zacapa* [n. 1], p. 83.

³⁷ José Martí, “Madre América”, en *id.*, *Obras completas* [n. 1], tomo 6, pp. 133-140.

³⁸ Fina García Marruz, en *id.* y Cintio Vitier, *Temas martianos*, La Habana, Biblioteca Nacional José Martí, 1969, p. 218.